

027. Palabra de honor!

Me sorprendió bastante —digo la verdad— lo que nos dijo un teólogo muy prestigioso que daba unas conferencias sobre la Virgen. Era un hombre muy ejemplar y, de cuando en cuando, en medio de sus explicaciones magistrales, sacaba consecuencias muy valiosas para nuestra vida espiritual. Y una de ellas fue, dicha con toda seriedad:

- *La causa principal de que no somos santos, como debemos serlo, es porque no somos formales con Dios. Si le hemos dado una palabra, la tenemos que cumplir. Igual que la cumplimos, aunque no sea más que por dignidad personal, cuando la damos a otro. Y como la hemos de cumplir, por respeto a nosotros mismos, cuando nos hemos propuesto alguna cosa.*

Por fuerza tenemos que estar acordes con un juicio tan autorizado. Es clásica la obligación que impone a un militar su *¡Palabra de honor!* Morirá, antes que quebrantarla.

En la Biblia —que nos manifiesta lo que es Dios y su manera de proceder a lo largo de la Historia de la Salvación—, vemos cómo Dios se gloria de ser fiel a su palabra. Lo que ha dicho lo cumplirá. Y si los ángeles o los hombres, llevados de su propia libertad, echan a perder los planes de Dios, Él trazará proyectos nuevos hasta conseguir lo que se propuso desde el principio.

Dios se constituye así en el ejemplo máximo de fidelidad a la palabra empeñada. ¿Por qué repite mil veces la Biblia que Dios es *El Fiel*? Porque cumple siempre su palabra. Y, si dijo que nos salvaría, nos salvará. Se perderá el que quiera perderse a sí mismo, pero Dios seguirá siendo el Salvador de todos. Dios es fiel a su palabra y a la promesa que nos ha hecho. Nunca deja de realizarse lo que Dios se ha propuesto de una vez.

Jesús, en el Evangelio, hará lo mismo. Venía para ser el testigo de Dios, y actuará siempre como actúa su Padre Celestial. *Cielo y tierra pasarán, mis palabras, no.*

Ante la tumba de Lázaro, le dice casi como un reproche a la amiga Marta:

- *¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?... Si te he dicho que tu hermano resucitará, yo cumplo la palabra.*

San Pablo también, perfecto discípulo e imitador de Jesucristo, provocado por la conducta de los de Corinto, les reta con energía:

- *¿Pensáis que yo actúo por capricho, o qué? ¿Pensáis que digo ahora ¡Sí!, para decir ¡No! después?... (2Corintios 1,17)*

Respecto de la formalidad con **la palabra que damos a Dios**, recuerdo un caso ejemplar. La niña, chiquitita, era un primor. Sin embargo, un día se le declaró un estrabismo en los ojos, que ponía en entredicho para el día de mañana su vista, pero, más que todo, su belleza y su futuro de mujer. Y el abuelo, todavía en plena virilidad, se va delante del Sagrario y le dice al Señor:

- *¿Por qué mi nietecita ha de jugarse los ojos, cuando tanta falta le van a hacer? Señor, que salga bien la operación a que va a ser sometida. Yo pago ante ti por ella. Te doy mis ojos a cambio de los suyos...*

Y así fue. La niña quedó al fin con unos ojos lindos, al mismo tiempo que se declaraba un cáncer inexplicable en los ojos del abuelo generoso. Sus amigos cursillistas empezaron a

rezar por él para detener la enfermedad. Pero el hombre, de recio carácter, se opuso enérgicamente:

- *Soy hombre formal y de palabra. Si he dicho a Dios que yo le daba los ojos, yo no se los vuelvo a pedir.*

Esos ojos que se enfermaron, hoy están en el Cielo viendo la luz eterna, mientras que los ojos de la niña, hoy toda una mujer, contemplan sanos cada día la luz del sol y el color de las flores... (AMR, en S. S.)

Respecto de **la palabra que damos a los demás**, cuando somos fieles a ella, ésta tiene un doble efecto. Ante todo, les tributa un honor, porque les consideramos personas de respeto. Después, nos gana a nosotros su confianza, porque saben que pueden fiarse de nosotros, y así nos aseguramos su apoyo en todo lo que necesitamos.

Respecto a **la palabra que nos damos a nosotros mismos**, en tantas cosas como nos proponemos, ¿qué se sigue de su cumplimiento o de su incumplimiento?

Si fallamos a ella, nunca haremos nada de valer. Seríamos unos caprichosos. Nuestra vida resultaría muy vulgar.

Si la cumplimos, además de mantener a gran altura nuestra dignidad personal, realizaremos grandes cosas. Es lo que confesaba de sí mismo un magnífico educador:

- *Me he acostumbrado a respetar mis propias decisiones, y ahora consigo todo lo que me propongo.*

Cumplir nuestra palabra, es uno de los secretos y de los resortes más poderosos para ser *alguien* y hacer *algo* en la vida.

Dios no es ningún olvidadizo, y recuerda muy bien nuestras promesas. ¿Se puede fiar de nosotros, para confiarnos sus gracias?...

Los demás, tienen mejor memoria de la que nos pensamos. ¿Se fiarán de nosotros, porque saben que cumpliremos?...

Nosotros, ante nuestra propia conciencia, ¿somos capaces de decir siempre, *¡Palabra de honor!*, con pundonor más que de militar?...